

FORNARIS, JOSÉ (1827-1890)

POESÍAS

INDICE:

EL ARROYO EN CRECIENTE
LA MADRUGADA EN CUBA
LA MUSA Y EL POETA
LA SERRANA DE JIGUANI
LA MUERTE DE DOREYA
EL CACIQUE DE ORNOFAY
EL SIBONEY
CANTOS DEL SIBONEY
EN EL BOSQUE

EL ARROYO EN CRECIENTE

Ayer corrió el arroyo de linfa transparente
en reducido lecho con lánguido rumor;
hoy surge caudaloso y arrastra en su creciente
los juncos de la orilla, las hojas de la flor.

Ayer perdió el arroyo sus olas y sus giros:
vio pálido el nenúfar, marchito el alhelí;
hoy vuelven las palomas con férvidos suspiros,
y mojan en sus aguas su pico carmesí.

Hoy altos los retoños ostentan frentes blondas,
hoy pinos acopados agitan su dosel,
y alzando su cabeza, rompiendo por las ondas,
hoy tiende relinchando sus crines el corcel.

¡Qué bello entre las güijas con tardo movimiento
se arrastra en las arenas torcido caracol!
¡Qué cantos alza el ave! ¡Qué espumas riza el viento!
¡Qué cisne cruza el agua! ¡Qué flores dora el sol!

Sus límpidas espumas no encuentran un escollo,
da el alba con sus rayos esmaltes al cristal;

al borde las espigas despliegan su pimpollo,
al centro el lirio ofrece su seno virginal.

Aquí, preciosa Julia, bajo frondosa jagua
dichosos reposemos: no te detengas, no;
¡la sed me abrasa tanto! ¡Tan fresca corre el agua!
¡Haz copa de tus manos, y en ellas beba yo!

LA MADRUGADA EN CUBA

I

¡Qué hermosos brillan los campos
de mi Cuba idolatrada,
coronados de rocío
y mecidos por las auras,
cuando la luna ilumina
allá por la madrugada!
Alegres los estancieros
dejan sus pobres hamacas:
el uno el terreno siembra
de plátanos y de caña,
el otro a sus mansos bueyes
unce coyunda pesada,
y el sitiero enamorado,
lleno de amorosas ansias,
con melancólico acento
así a su sitiera llama:
"La luna está como el día
y yo velando a tu puerta:
despierta, mi amor, despierta,
ven, acude a mi agonía.
Salta del lecho, María,
que la luz brillante baña
desde la erguida montaña
a la callada laguna:
espléndida va la luna,
y el astro que la acompaña"

II

Y en tanto que al son del tiple
de pie junto a su ventana,

el venturoso sitiero
despierta así a su adorada,
otra va por el camino
sobre un potro de crin blanca,
ojo vivo, casco duro,
y dobles y llenas ancas.
Él también su canto entona,
que el sitiero que no canta,
que no siente, ni se inspira,
no es hijo de estas comarcas.
Mira la luna, y doliente
un hondo suspiro exhala,
al recordar que es su gloria
un corazón que lo engaña.
Y tras el hondo suspiro
quejumbrosa voz levanta;
y así revela su agravio
en canción apasionada:
"Pálida luna que un día
en amoroso desmayo,
alumbraste con tu rayo
la frente que yo quería.
Aquella sitiera mía
me inmola con dura saña...
¡Pérfida, mi nombre empaña!
¡Ella, toda mi fortuna!
¡Qué triste brilla la luna,
y el astro que la acompaña!"

III

¡Oh, qué magnífica escena!
¡Qué seductor panorama!
¡Cómo reluce en las hojas
la luna de madrugada!
Sobre los verdes guayabos
tiende el perico las alas,
que parecen con la luna
abanicos de esmeralda;
de revoltosos totíes
las negras plumas resaltan,
como ramas de azabache
sobre los mangos y jaguas.
En el cafetal vecino
por todas las guardarrayas

del africano guardiero
suenan la rústica flauta;
tenor campestre el sinsonte
sus trinos de amor ensaya;
seduce con blando arrullo
la tórtola enamorada;
atados a sus cadenas
rabiosos los canes ladran;
el grillo chilla, el cordero
con tímido acento bala;
en el árbol duerme el ave,
en el bosque el toro brama,
y en el batey canta el gallo
precursor que anuncia el alba.
Mas yo dejando la tierra
busco del cielo las galas,
y entre sus blancos celajes
la luna de madrugada.
No hay duda que es este cielo
aún más bello que el de Italia,
pero si fuese tan triste
como es el de la Bretaña,
lo quisiera por ser mío,
por ser el de mis hermanas,
por ser el mismo que un tiempo
con mi madre contemplaba.
Aquí ardió en mi fantasía
del primer amor la llama,
y con lirios olorosos
ceñí la sien de mi amada.
Bajo este cielo se mecen
estas ceibas, esas palmas
que me dieron sombra amiga
allá en mi risueña infancia.
Bajo este cielo he crecido
en mis selvas y cañadas,
y va en mi sangre, en mis venas,
y clavando en mis entrañas.
En fin sabed que lo adoro
con todo el fuego del alma,
porque no hay cielo en el mundo
como el cielo de la patria.

LA MUSA Y EL POETA

Una tarde de verano
Iba por un sitio agreste,
Cuando una visión celeste
A mi vista apareció.
Era dolorosa virgen
De frente pálida y mustia,
Y me dijo con angustia:
?La Musa indiana soy yo.
Llevaba un carcaj al hombro,
Blanco cinturón ceñía,
Y sus espaldas cubría
Con un manto azul turquí.
Indio penacho ostentaba
De finas y breves plumas;
Unas blancas como espumas,
Otras color carmesí.

EL POETA

"-Detente le dije ¡oh virgen!
Al pie de esta ceiba hermosa,
Y oiga tu voz misteriosa
En tan honda soledad.
Dime por qué dolorida
Exhalas en tu tormento
Melancólico lamento,
Americana deidad.-"

LA MUSA

Soy aquella que suspiro,
Me respondió cariñosa,
En la noche silenciosa
Cuando oigo al ave gemir;
Y ruego por los indianos
Que, entre bárbaros dolores,
Fueron por sus opresores
Condenados a morir.
Jamás cantaron en Cuba
Sus amores ni sus odios,
Ni sus tristes episodios
Heredia, Briñas, Tolón.
Yo quiero que tú entusiasta

Cantes en indias leyendas,
Sus desgracias, sus contiendas.
Sus fiestas, su religión.

EL POETA

Mas ¿cómo cantar si ignoro
La historia de los behíques,
De los dioses y caciques
De la aborígene grey?
Ven tú, Musa de los indios,
Tan pura como galana,
Inspírame soberana
Los cantos del Siboney.

LA MUSA

En claras noches de luna
Yo sé cómo la canoa,
Hendiendo va el Yabacoa
Sin que tema zozobrar;
Y cómo al golpe del remo
Cual melancólica queja,
El indio que la maneja
Alza cubano cantar.
Sé donde con picos de oro
En las floridas barrancas,
Arrullan tórtolas blancas
A la salida del sol.
Sé donde los lirios nacen,
Y conozco las arenas
De las orillas amenas
Donde brilla el caracol.
Yo sé todos los secretos
De las razas primitivas;
Raza tierna y expresiva
Que no supo sino amar.
Te contaré sus derrotas,
Y sus cruentos sacrificios,
Sus numerosos suplicios,
Sus pasiones, su pesar.

EL POETA

Ven, infúndeme tu aliento,
Adorada Musa mía,
Y llena mi fantasía
De tu eterno resplandor.
Revélame los arcanos
Del bosque y la virgen sierra;
Dime que no hay otra tierra
De más luz ni más amor.

LA MUSA

No hay otra, no, como Cuba:
Bello pintan en Oriente
Bajo un sol resplandeciente
El vergel de Eva y Adán;
Hermosa Moisés describe
Entre luz y poesía,
Jardín donde nace el día
La tierra de Canaán;
Bello pintan en Betania
El vergel y la colina;
Y bella a la Palestina
Con su cielo siempre azul;
Donde en la tranquila noche,
Aún resuena con misterio
El religioso salterio,
Y la voz del Rey Saúl;
Bellas son las de Virgilio
Encantadoras florestas,
Centro de glorias y fiestas
Del inocente pastor;
Bello el valle del Piamonte
Que cantó el sensible Tasso,
Del sereno sol de ocaso
Al moribundo fulgor;
Pero es más hermosa Cuba
En cuyas playas y huertos:
Forman perennes conciertos
El aire, la flor, el mar;
En cuyos campos se ostentan
Palmeras y espigas blondas,
Y corren límpidas ondas
Con lánguido suspirar.
Parece Cuba en los mares
¡Prodigiosa semejanza!

El arco en que el indio lanza
Duras flechas de jiquí.
¡El arco! El constante amigo
En el llano y en la roca
Del indio de Camarioca,
Del indio de Mayarí.
Virgen ceñida de palmas
En el golfo mexicano,
Mira sólo el Oceano,
Sólo el Infinito ve.
Y del Norte y Sud en medio
Al mostrar la altiva frente,
La corona un continente,
Y otro se extiende a su pie.
¡Ay del bardo miserable
Que no llore sus tristezas,
Que no cante sus proezas,
Y su hermosura gentil;
Y a despóticos sicarios
Sin pudor y sin decoro,
Ciña en la sien lauros de oro,
Cante con himno servil!
Si un nombre digno en tu patria
Alcanzar tu lira intenta,
Canta la historia sangrienta
De la aborígene grey.
Teje a los mártires indios
Una fúnebre corona;
El arpa vibra, y entona
Los "Cantos del Siboney".

LA SERRANA DE JIGUANI

En un sitio pintoresco
En el rigor del Estío,
A las orillas de un río
Una serrana encontré.
Llevaba un cántaro al hombro
Virgen tan cándida y bella;
Y bajo un cedro con ella
Oí como platicué:

YO

Aproxímate y responde:
¿Tú eres india? ¿Todavía,
Ángel de la selva umbría,
Se esconde tu raza aquí?

ELLA

Aquí, señor, esquivando
De los caribes las sañas,
Nos oculta en sus entrañas
La sierra de Jiguaní.

YO

Refiere la santa Biblia
Que allá en época lejana,
Hubo, preciosa serrana,
Un diluvio universal.
Bajo las aguas inmensas
Todos los hombres lanzados,
Cedieron desesperados
A su destino fatal.
Mas flotó entonces un arca
Resbalando de ola en ola,
Y con su familia sola
Salvóse un patriarca allí,
Para ti, para los tuyos,
Ángel puro y escogido,
Arca salvadora ha sido
La sierra de Jiguaní.

ELLA

Yo no sé de esas historias,
Mas es igual a la nuestra:
Es horrorosa, es siniestra,
Es toda una maldición.
Por eso tu grato acento
En mí tal eco produce,
Y es música que seduce
Mi afligido corazón.

YO

Escúchame. Yo te adoro:
El fuego de tu pupila

En mi corazón destila
Hirviente lava de amor.
Esa vida que tú llevas
Sin ilusión ni ventura,
Simpatiza, virgen pura,
Con mi llanto y mi dolor.

ELLA

¡Amarte! ¡nunca! Mi mano
A ti no te pertenece;
Ni tu queja me entenece,
Ni debo pensar en ti.
Nunca mi sangre a la tuya
He de unir en lazo odioso:
Yo amo ya; será mi esposo
Un indio de Jiguaní.
Pero sus ojos brillaron
Vivos, rutilantes, bellos;
Fijé la mirada en ellos,
Y enmudecimos los dos.
La voz de la simpatía
Con sus dulces vibraciones,
Llevó nuestros corazones
El uno del otro en pos.
Tembló el aire entre las hojas
Del cedro y de la macagua;
Ella su cántaro de agua
Llenó triste, y yo partí.
Seguí por extrañas rutas,
Y del alba a los reflejos,
Volví el rostro, y miré al lejos
La sierra de Jiguaní.

LA MUERTE DE DOREYA

Va no responde a mis quejas
La que era amor de mi vida;
Ya está en su lecho dormida
Y nunca despertará
Ya no mira sobre el junco
Temblar el fresco rocío,
Ni oye que sonoro el río
Rodando entre peñas va.

Séquese la limpia poza
Pues ya no he de ver en ella
La faz pudoroso y bella
De la que tanto me amó.
Tómese en ¡ay! dolorido
Cuanto trino el ave entona,
Pues Doreya me abandona,
¡A quien tanto amaba yo!
Esta palma que su sombra
Nos dio contra el sol ardiente,
Que a proteger mi inocente
Cariño no vuelve más.
Derrúmbese con estruendo
Al soplo del viento impío;
Pues ha muerto el amor mío ,
No me dé sombra jamás.
Sin Doreya en este campo
Todo muere o se deshoja:
En el alma la congoja
La tristeza en mi caney.
Tumba abriré a sus despojos
Junto a fuente cristalina,
Al pie de verde colina
De mi pueblo siboney

LA CANOA

Sin tu amor odio estos montes,
Estos claros horizontes,
Estos pájaros vistosos
Que no cesan de cantar;
Odio el dulce murmurío
Del hermoso y claro río....
Entra oh ¡Naya! en mi canoa,
Ven conmigo a navegar.
En la playa todo el día
Como yo sola y vacía,
Mi barquilla permanece
Cual sintiendo mi pesar.
Ven, mi amor, alma de niño,
Corresponde a mi cariño...
Entra, Naya, en mi canoa;
Ven conmigo a navegar.

Casta virgen, si me adoras,
Si mis sueños atesoras,
Si al mirar mi triste llanto
Te conduce mi pesar,
Hoy que calla el ronco trueno,
Hoy que todo está sereno,
Entra, Naya, en mi canoa,
Ven conmigo a navegar.
Mas si no oyes el lamento
De mi bárbaro tormento,
Que me traguen estas olas
Que comienzan a bramar!
¡Adiós rocas! ¡Adiós playa!
¡Adiós selvas! ¡Adiós Naya!
Sin tu amor, sin tus caricias
Yo no quiero navegar!

EL CACIQUE DE ORNOFAY

A Francisca Varona y Murias.

I

En la costa de los mares
Entre arboledas frondosas,
Se levantan misteriosas
Las sierras del Escambray;
Y aparece entre colinas,
Cedros, cascadas y ríos,
Con numerosos bohíos
La provincia de Ornofay.
Cuna de Analay, cacique
De simpático semblante,
De mirada penetrante,
Y extremado en su pasión;
Robusto de brazos y hombros,
Alta y serena la frente,
De gallardo continente,
Y de entero corazón.

Colón su provincia aborda,
Y al contemplar sus praderas,
Sus montes y sus riberas
Aquí fija su mansión.

Bajo la verde enramada,
Junto a poza transparente
Le forma presto su gente
Espaciosa habitación.
Aquí Colón con aurora
Entre árboles corpulentos,
Abrigado de los vientos
Alzó católico altar.
Lo ornó con nacientes ramas
Cogidas en los bateyes,
Con flor de los curujeyes,
Y caracoles del mar.
Aquí digno sacerdote,
Siéndole todo propicio,
De la Misa el sacrificio
Celebró con sencillez.
Y el pueblo aquí congregado
Bajo un sol puro y sereno
La pasión del Nazareno.
Oyó por primera vez.

II

Con el carcaj en la espalda,
Y la sien alta, radiante,
Como un guerrero triunfante
Aquí aparece Analay.
Luego a Colón se dirige
Al pie de florido soto;
Y así hablaron el piloto,
Y el cacique de Omofay:

EL CACIQUÉ

Oigo, Colón, en mis valles
Del cañón el estampido,
Mientras te postras rendido
Ante el Dios que da la luz.
Así sospecho que vienes
A la americana tierra,
Con la espada en son de guerra;
Y no en paz, y con la cruz.
Si esa cruz que alzas glorioso
Sólo nuestro bien augura,
Como es bella, como es pura
Respetada se verá.

Mas si viene de cadalsos,
Y perfidia acompañada,
Cuanto tiene de sagrada
De maldecida será.

COLÓN

Vengo de paz; el acero
De todo español valiente
Protegerá al inocente
En nombre de su Señor.
Y la cruz, la cruz que Cristo
Con sus lágrimas inunda,
En esta tierra difunda
Paz eterna, eterno amor.
No en vano sufrí miserias
En Génova y en España;
No en vano afrenté la saña
Del crimen y la traición;
No en vano en un frágil pino
Crucé por el mar airado,
Y dominó desarmado
La terrible rebelión.
No en vano ¿no!???:Fiel cacique,
No soy un déspota rudo;
lleva por mote mi escudo:
Cultura y felicidad.
Sobre mis fuertes tremolo
El pabellón de Castilla;
Y en mi altar se eleva y brilla
La antorcha de la verdad.

EL CACIQUE

Si es así florezca Cuba
Bajo tu amparo celeste;
Y trueca este sitio agreste
En otra España, Colón.
Mas si a tu rey nos inmolas
Que al fin tu raza se vea
Hollada, y ¡maldita sea
Toda tu generación!
Que jamás halles sosiego
A la sombra de las palmas,
Y te aborrezcan las almas
De la tribu siboney.
Que rencor profundo incube
En los hijos de los godos,

Y abjuren en Cuba todos
De tu Dios y de tu rey.
Dijo, y los indios cubanos
Alzando cristianas preces,
Regalan frutas y peces
Al excelso protector.
Lo llevan en SUS canoas
Entre cedros y palmares,
Y le brindan sus hogares
Con solícito fervor.

III

Pasa un siglo: alza su copa
Igual la ceiba gigante,
Y tan fresco, tan fragante
Perfuma el lirio gentil.
Como entonces la montaña
De verdura se corona,
Y al nacer el alba entona
El ave cánticos mil.
Rugen aquellos torrentes,
Y presentan su alta cumbre
Del mismo sol a la lumbre
Las sierras del Escambray.
Mas... nada, nada del indio;
Hundiéronse en estas aguas,
Los guairos y las piraguas
Del cacique de Ornofay.

EL SIBONEY

Vivo bajo las jaguas:
En unión de las tórtolas sencillas,
Del fértil Yarayabo en las orillas;
Soy el hijo del sol y de las aguas.
Respeto los behíques;
Aves y flores llevo a sus altares;.
Y de límpidas conchas de los mares
Ricas sartas regalo a los caciques.
En la noche serena
Adoro del Turey la azul techumbre;

Pido a la luna que mi senda alumbre,
Y el Semí me acompaña en mi honda pena.
En la verde colina
El fruto de mis árboles desprendo,
Y en mi pobre caney mi hoguera enciendo,
Cuando el sol tras los árboles declina.
Una virgen adoro
Más que a las otras; virgen hechicera,
Cual bello caracol en la ribera
De transparencia azul y vetas de oro.
Flor de Casibacoa
Ella consuela mi dolor impío;
Para llevarla por el claro río
En las tardes prepara mi canoa.
La espero aquí en las jaguas
Que están al pie de la encumbrada sierra...
¡Soy siboney! ¡Bendita está mi tierra!
¡Soy el hijo del sol y de las aguas!

CANTOS DEL SIBONEY

Introducción

Facit indignatio versum!

Jamás ceñir imaginé mi frente,
al cantar a la raza siboneya,
con pindárico lauro. Otros alcancen
el triunfo en tan terrífica epopeya.

Me inspira solo el lamentar profundo
de los míseros mártires. Cubana
como el rudo salvaje de mis ríos,
clavome sin cesar desde la cuna
unos mismos puñales la fortuna,
y al llorar su dolor lloro los míos.

No pienso, no, ceñirme una corona
de olímpicos laureles inmortales:
bardo infelice de la ardiente zona,
llevo aquélla forjada con los hierros
que se riegan con lágrimas ardientes,
y con la sangre de rasgadas venas.

Es en Cuba la bella Poesía
virgen atada a poste ignominioso
por mano de la ruda tiranía.
Al vanidoso, opíparo magnate
celebre el bardo, y al potente Cesar
sanguinario en la Paz y en el combate;
mas no a la raza humilde que indefensa,
y sumergida en llanto,
cayó bajo los tercios españoles
de San Quintín, de Flandes y Lepanto.

El destino fatal nos llena adusto
de oprobios y pesares infinitos;
¿expiaremos acaso
de la indígena raza los delitos?

¿Sus delitos? ¡Jamás! Sin ambiciones
en sus campos bellísimos moraban,
y no como el caribe
la sangre de la víctima apuraban.

Ellos, ¡ay!, como el tímido cordero
que contento acaricia
la mano que la muerte le prepares,
y la lame amoroso con delicia,
así siempre ofrecieron generosos
a inflexibles y bravos opresores,
los frutos deliciosos
de sus verdes y fértiles florestas,
unidos a sus cantos y plegarias,
música y danzas, vítores y fiestas.

Pero nada contuvo al gran torrente
de la hueste tiránica, invasora,
y cual hoz cortadora
que siega la alta espiga y se complace
en arrasarla en flor, y más furioso
aun la simiente pródiga socava;
así la grey esclava
fue herida sin piedad. El flébil indio
de fina piel y cuerpo delicado
pide en vano perdón. Fue en lo profundo
por señor iracundo
en mortíferas minas sepultado.

Y si alguno valiente y justiciero

quiso romper la bárbara cadena,
un juez inexorable
a morir en las llamas lo condena.

A crímenes sin cuento
se lanzan las estúpidas falanges...
¡Todo lo inmolan, y lo absorben todo!
A los rebeldes con el hierro doman,
al débil con el látigo flagelan;
el seno hinchado de futuras madres
con puñal agudísimo desgarran;
con satánicas teas
incendian la morada venturosa;
lo que perdona el fulminante acero
el bronce con estruendo despedaza,
y se derrumba en una inmensa fosa
la aborígen raza,
y sobre tanta sangre y tanto escombros,
invocando a sus genios tutelares
erigen los soberbios vencedores
a su Dios y su Rey sacros altares.

Los manes de los mártires indianos
laméntanse en la noche silenciosa
del intrincado monte en la espesura,
demandando a su Cuba dolorosa
un recuerdo de amor y de ternura.

Conságrenle los años venideros
memoria eterna en cántico divino;
yo en mi lira ignorada y quejumbrosa
siento y lloro su lúgubre destino.

Tal vez con duro ceño y voz severa
el opresor injusto condene mi cantor...
mas ¡vano empeño!
Nunca puede apagar el hondo grito
de la raza infeliz que cayó inerme,
en nombre de la Cruz, y sin sepulcro
en el silencio y el olvido duerme.

EN EL BOSQUE

I

Un sol candente corona el bosque,
rocas y flores abrasa ya;
y perezosa, con paso lento,
timida oveja balando va.

Dorado fruto del árbol pende,
muestran las nubes pardo color,
chispas despiden aguas y arenas,
cada paloma busca su amor.

Ven por la sombra de los naranjos,
hermosa virgen, nadie te ve;
ven y no temas; cruza el arroyo,
la saya en cinto, desnudo el pie.

II

Ya fatigado junto a las aguas
plega sus redes el pescador,
plega sus alas la mariposa
y su corona fragante flor.

Alegres bodas, citas ocultas
ya todo el campo va a celebrar;
ya no hay sin nidos valles ni sotos,
ni ave que sólo quiera cantar.

Ven por la sombra de los naranjos,
hermosa virgen, nadie to ve;
ven y no temas; cruza el arroyo,
la saya en cinto, desnudo el pie.

III

El sol abrasa, giran las nubes,
el aire pesa sobre mi sien;
hierve mi pecho, mis venas laten,
de amor expiro: mi indiana, ven.

Ven, mi adorada; de dos palmeras
mi suave hamaca te colgaré;
del agua al borde, con blando impulso,
tu lecho inmóvil columpiaré.

Ven a la sombra de los naranjos,
hermosa virgen, nadie te ve;
ven y no temas; cruza el arroyo,
la saya en cinto, desnudo el pie.

IV

Tendrás abejas que en torno zumben
del limpio arroyo murmurador;
verás tojosas entre los juncos
que te enamoren con tu clamor.

Ven y, tendida sobre la hamaca,
aquí en la siesta reposarás;
y al son del agua que te embelese,
entre hojas verdes te dormirás.

Ven por la sombra de los naranjos,
hermosa virgen, nadie to ve;
ven y no temas; cruza el arroyo,
la saya en cinto, desnudo el pie.

FIN